

INSPECTORIA SALESIANA
NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED
Mataró (Barcelona)



En la muerte de

Don Bonifacio Rollizo López

Sacerdote Salesiano

Para cuantos le conocieron y trataron fue *Don Boni*. Era su nombre casi su definición. «La primera vez que oí hablar de él, pensé que debía ser una buena persona, pues tenía nombre de postre dulce», escribía un muchacho de octavo. Una voz entre las tantas que tejieron el mejor elogio fúnebre que para un salesiano se pudiera pensar. Hasta setenta colaboraciones recogió la revistilla escolar. Singular miscelánea *in memoriam* del cura salesiano que se llamaba y era *Don Boni*.

Habría cumplido ochenta años el 14 de mayo, pues había nacido en 1904, y el 17 de junio hubiéramos tenido que festejar sus Bodas de Oro sacerdotales. Todo esto creaba un problema: Don Boni no quería saber de fiestas y si algo le sacaba de quicio era precisamente el que la comunidad insistiera y proyectara... Se salió con la suya.

Aunque en los últimos meses había desmejorado sensiblemente, continuaba su vida normal. El 3 de febrero a media mañana se le vio mal, muy mal. El corazón le fallaba. Urgente traslado al hospital local y después a Barcelona. Se le prodigaron atenciones clínicas. Pidió la absolución y sobrevino el ataque fulminante. Aún unas horas en coma, y el señor le llamaba.

Nosotros teníamos convocada en el colegio para el domingo, día 5, la celebración externa de San Juan Bosco. Se acumularon las motivaciones y la eucaristía exequial resultó emotiva y festiva como pocas. Un multitudinario homenaje al sencillo hijo *bueno* de Don Bosco. El Vicario Inspectorial (continuaba en Roma el Capítulo General) en la homilía resumió el *currículum vitae* y compendió la figura humana y salesiana del querido Don Boni.

Nació en Navaleón, cerca de Talavera de la Reina (Toledo). A los 18 años se plantea seriamente su vocación y decide seguir de cerca a Jesucristo,

según el espíritu y el carisma de Don Bosco: dedicar su vida al servicio de los jóvenes.

De sus años de aspirantado en Campello sabemos que coincidieron con los últimos del directorado de Don José María Manfredini, *el restaurador*. Campello vivía una época pletórica que nuestros mayores no se cansaban de evocar. Aquel mocetón de veinte años destacaría curiosamente entre tanto jovenzuelo.

De allí al noviciado de Sarriá (1926-27). Se le ensanchaba el panorama salesiano en aquel mundo regido entonces por el mítico Padre Viñas mientras se iniciaba en la vida religiosa bajo la dirección del que completaría su magisterio espiritual con el testimonio del martirio, Don Antonio Martín.

Dos años pasa en Gerona y tres en... Argentina (1929-32) alternando estudios y trabajo apostólico en una experiencia que le marcará profundamente. Trató a toda una generación de salesianos que habían conocido a Don Bosco y habían vivido la epopeya salesiana de la Patagonia y el prodigioso desarrollo de las obras. «Cuando yo estaba en el otro mundo...», evocará incansable.

Completó sus estudios teológicos en Madrid-Carabanchel (1932-34) donde vuelve a encontrar como director a Don Manfredini en los difíciles comienzos de aquel Teologado surgido tras el desmantelamiento de Campello. Allí, apenas dos meses después de la canonización de Don Bosco, recibe el presbiterado.

Estrenó su sacerdocio en Huesca y allí una violenta hemoptisis estuvo a punto de quebrar su vida, pero aguantó aún allí media guerra civil. Pasó luego dos cursos en la recién fundada casa de Azcoitia y tres en Pamplona.

El año 43 vino definitivamente a Cataluña: dos años catequista de artesanos en Sarriá y, por fin, en 1945 llega a Mataró que sólo abandonará por un trienio pasado en Barcelona-Rocafort donde fue prefecto y sufrió una grave dolencia renal.

Treinta y seis años ha pasado en este Colegio de Mataró. Largo período de variada historia. «He conocido aquí a diez directores...» Don Boni ha gozado y sufrido como nadie estas historia. Y la ha construido sin protagonismos, desde su presencia discreta y definida.

HUMANAMENTE

Don Boni era un hombre extraordinariamente sencillo, alegre, acogedor. Irradiaba simpatía y buen humor a todos los que se relacionaban con él. Siem-

pre ocurriendo, pronto a devolver la broma con su lenguaje jocosamente arraizante y contorsionado. Conversador insaciable, narrador infatigable. Siempre acompañado de niños en el patio, en su despacho. Atendiendo, cordial y llano, a todo el mundo.

Comprensivo y humano con los demás, fue sufrido y austero consigo mismo. Sus achaques y molestias —que los tuvo graves durante toda su vida— eran cosa suya. Inútil insistir y querer atenderle. «Dejadme en paz, que ya tengo votos perpetuos... que ya soy mayor de edad». Con la consulta ocasional a algún médico amigo, antiguo alumno, él se las arreglaba, evitando complicar la vida a los demás. Quizá en esto sobrevaloraba su capacidad clínica, acostumbrado como estaba a solucionar cualquier dolencia en su singular consultorio-botiquín. Allí afluyeron durante veinticuatro años todas las dolencias de los colegiales. Don Boni hacía maravillas con la tintura de yodo y la mercromina, la aspirina y el aún más inocente azucarillo. Todo administrado con parsimoniosa calma para dar tiempo al diálogo terapéutico, a la historieta. «Parecía que alargaba la cosa para evitarnos tener que volver a clase», anota agudo un chaval.

Un hombre así con esa sensibilidad y bonhomía tenía que amar la naturaleza y las plantas. La terraza superior del Colegio era su reino. Allí regaba, podaba, contemplaba sus flores y explicaba a cualquiera que se pusiera a tiro nombre, procedencia y características de cada variedad botánica. Los chicos encantados de ayudarle...

SALESIANAMENTE

Don Boni fue un hombre de Dios que se empapó de la espiritualidad y valores de aquellos salesianos con los que convivió en América y que habían conocido a Don Bosco. Durante toda su vida de sacerdote desempeñó con ilusionada entrega la misión de confesor y catequista que se le encomendó.

Ha sido un gran confesor de salesianos y alumnos y, aquí en Mataró, de comunidades religiosas. A él confluían en bandadas los chicos. Con Don Boni no había problema, ni siquiera para aquellos cuyo pecado era haber abusado de su paciencia en clase, hasta hacérsela perder. Paciente y expeditivo, perdonaba. Incansable en su ministerio.

El día antes de su muerte, narraba en su homilía el Vicario Inspectorial, yo me encontraba en la comunidad pasando unos días de visita. Durante una hora Don Boni me estuvo manifestando, a sus ochenta años, sus inquietudes pastorales, su preocupación por la educación cristiana de los jóvenes de este colegio.

Y me insistía cómo en el espíritu de Don Bosco y en toda la tradición salesiana el sacramento de la Reconciliación tenía un valor excepcional en la educación de la fe de los jóvenes y era una de las columnas donde debe sostenerse el edificio educativo. Fue ésta, sin duda, su preocupación durante estos últimos años.

Don Boni tenía un corazón oratoriano. Sus dotes como profesor no fueron nunca sobresalientes, pero su calidad humana puso durante años en el colegio el contrapunto a cierta rigidez disciplinar. Sentía la predilección por los jóvenes, característica del carisma salesiano. Se sentía a gusto entre ellos. El día anterior a su muerte aún estuvo, como cada día, Don Boni en el patio con los chicos. El dolorido respeto con que éstos rodearon su féretro era clara prueba de que Don Boni había amado a los jóvenes como Don Bosco quería: de modo que ellos se sientan queridos. Un sencillo monolito en el acceso a los patios de recreo nos recuerda hoy el ejemplo de asistencia salesiana de Don Boni.

Con su muerte el Colegio de Mataró pierde un hombre *bueno*, un salesiano querido por todos. El aplauso cordial y espontáneo con que despedimos su cadáver era bien expresivo. Los salesianos perdemos en él al hermano que creaba paz y alegría.

COMUNIDAD DE MATARÓ

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Sacerdote Bonifacio Rollizo López.

Nació en Navaleón (Toledo), 14 de mayo de 1904.

Falleció en Mataró (Barcelona), el 4 de febrero de 1984, a los 80 años de edad y 57 de profesión religiosa.